

15 de Junio 1923

No. 6 ★ Epoca 11.



Quincenario publicado por los maestros de Heredia
PARA LOS NIÑOS DE COSTA RICA

➔ Precio 10 Cént. ⬅

Imprenta y Librería Tormo - San José

PRECIOS DE SUSCRICION

Un mes. ₡ 0.20 Este año ₡ 1.60

Pago anticipado

Número suelto 10 céntimos

Directores:

Lilia González = Carmen Lira
Joaquín García Monge

La correspondencia dirijase a la Inspección Provincial
de Escuelas de Heredia. Remberto Briceño Apartado 3

—●—
Tesorero de la Revista: don Rafael Martínez,
Director de la Escuela de San Pablo de Heredia

Suplicamos el pago inmediato de
todas las cuentas. Hay maestros que
deben desde el primer número. Si
los maestros tienen interés en que
SAN SELERIN se siga publicando,
cancelen enseguida su deuda.

15 de Junio
de 1923



Número 5
Epoca II



PERIODICO PARA LOS NIÑOS

En la tumba de Tout-Anhk-Amon

Tumbas

Todavía se conservan en el Egipto inferior pirámides dispuestas en filas, o dispersas irregularmente, unas grandes y otras pequeñas. Son los sepulcros de los reyes y de los señores. Andando el tiempo, las tumbas fueron subterráneas, unas abiertas en el suelo, otras en el granito de las montañas.

Culto a los muertos

Además de sus dioses, los egipcios adoraban el alma de los muertos. Creían que toda persona tiene su *segundo* (Ka) un doble, y que una vez muerta la persona, *el doble* seguía viviendo. La



sepultura egipcia de tiempos del antiguo imperio, se llama "*la casa del segundo o del doble*". Es una pieza poco elevada, dispuesta como un dormitorio, en que se colocaban para servicio del *doble*, un mobiliario completo, sillas, mesas, camas, cofres, ropa, telas, trajes, objetos de tocador, armas y en ocasiones un carro de guerra; para su recreo, estatuas, pinturas etc., y para su alimentación, trigo y provisiones de boca. Luego se depositaba allí un *doble* del muerto, que consistía en una estatua de madera o piedra con las facciones del difunto. La operación terminaba tapando la entrada de la tumba.

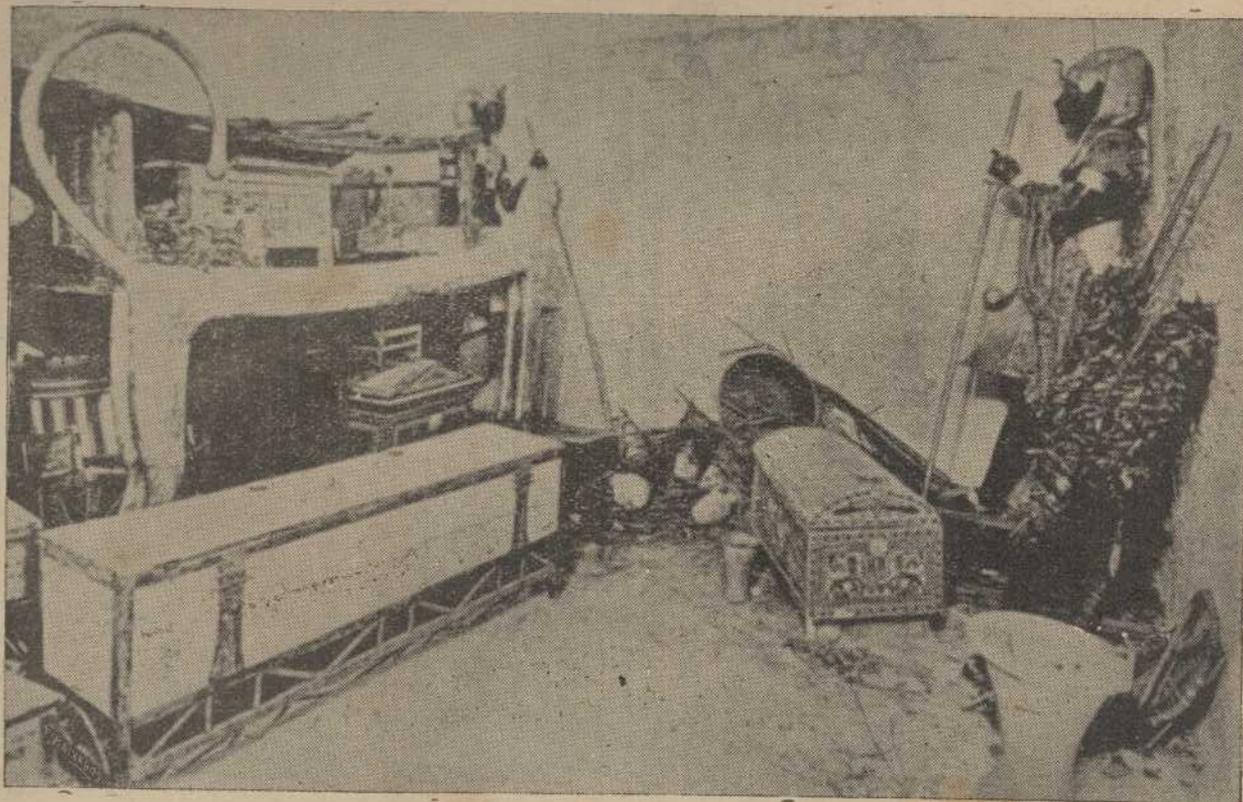
Los tesoros encontrados en la tumba de Tout-Anhk-Amon

Hace unos cuatro meses, el cable y las revistas y diarios extranjeros, nos vienen hablando de los tesoros encontrados en la tumba de un rey egipcio que vivió catorce siglos antes de Jesucristo. Dicen que son los tesoros funerarios mas notables que se han encontrado hasta hoy. Llamábase este faraón, Tout-Anhk-Amon (que quiere decir imagen viva de Amon). (1)

Han dirigido estos trabajos durante dieciseis años dos arqueólogos notables: Lord Carnavon que acaba de morir—y Mr. Howard Carter.

En la antecámara de la tumba de Tout-Anhk

(1) Dios de Tebas.



Una vista de la antecámara de la tumba de Tout-Anhk-Amon; las estatuas imágenes del rey guardando la puerta sellada; un gran ramillete funeral; un cofre y una arca larga que guardan ropas del rey. El animal de larga cola es Hathor la diosa vaca.

Amon, se han encontrado multitud de objetos preciosos: el escabel del faraón, de ébano con incrustaciones de marfil y adornos de oro; figuras grandes de animales: hay una con cabeza de caballo; cofres que contienen ropas de rey; el trono cubierto de oro y plata y con incrustaciones de piedras preciosas; carros, vasos de alabastro llenos de unguentos que aun guardan su perfume después de 3.300 años y se ponen viscosos al contacto del sol; joyas de un exquisito trabajo, entre ellas una hebillas en forma de escarabajo,—animal sagrado entre los egipcios.—Está hecho de una piedra llamada cornalina, de lápiz lázuli y turquesa. Hay también carnes y frutos conservados en cajas de madera pintada de blanco. Guardando la entrada de la tumba, a ambos lados de la losa que cubre la abertura del sepulcro, hay dos estatuas del tamaño de un hombre (se pueden ver en el grabado) que representan al rey Tout-Anhk-Amon. La cofia, el collar, los brazaletes, las pulseras, el traje, la maza y el báculo, están dorados, las sandalias son de oro. Sobre la frente serpentea la pequeña cobra ⁽¹⁾ de bronce y oro—signo de los reyes—La cuenca del ojo y las cejas son de oro, el globo del ojo de un mineral llamado aragonito, y las pupilas de obsidiana parecen perdidas en la contemplación de algo lejano.

(1) Serpiente venenosa del oriente.



Del otro lado de la losa funeral, se encuentra en su sarcófago de piedra la momia de aquel faraón que vivió catorce siglos antes de Jesucristo, tal como la dejaron allí parientes y amigos. De toda esa generación que vivió en la misma época de Tout-Anhk-Amon, no quedan sino momias,—unas guardadas en los museos de Europa y Estados Unidos, y otras todavía sin descubrir, tranquilas en sus tumbas seculares—o polvo que anda hoy entre el lodo del Nilo o las arenas del desierto.

EL ZURRON QUE CANTABA

*Erase una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña y cuando llegó a la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilon a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un pordiosero viejo muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó a correr, y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla; y cuando llegó es-



taba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida se fué a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fuí a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!

Volvíme luego a la fuente
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!

No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oirla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurrón.

Yendo así de casa en casa llegó a la de la madre de la niña, y conforme ésta oyó el canto conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre:

—Tío, el tiempo está muy malo: el viento arrecia, y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y beber, que se infló, de manera que después de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a la niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y la arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:

Pícaro viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabian-do el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.

PROVINCIA DE CARTAGO

ESCALA = 0,01 x 1,734

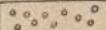
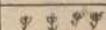
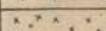
G. Huertas C.

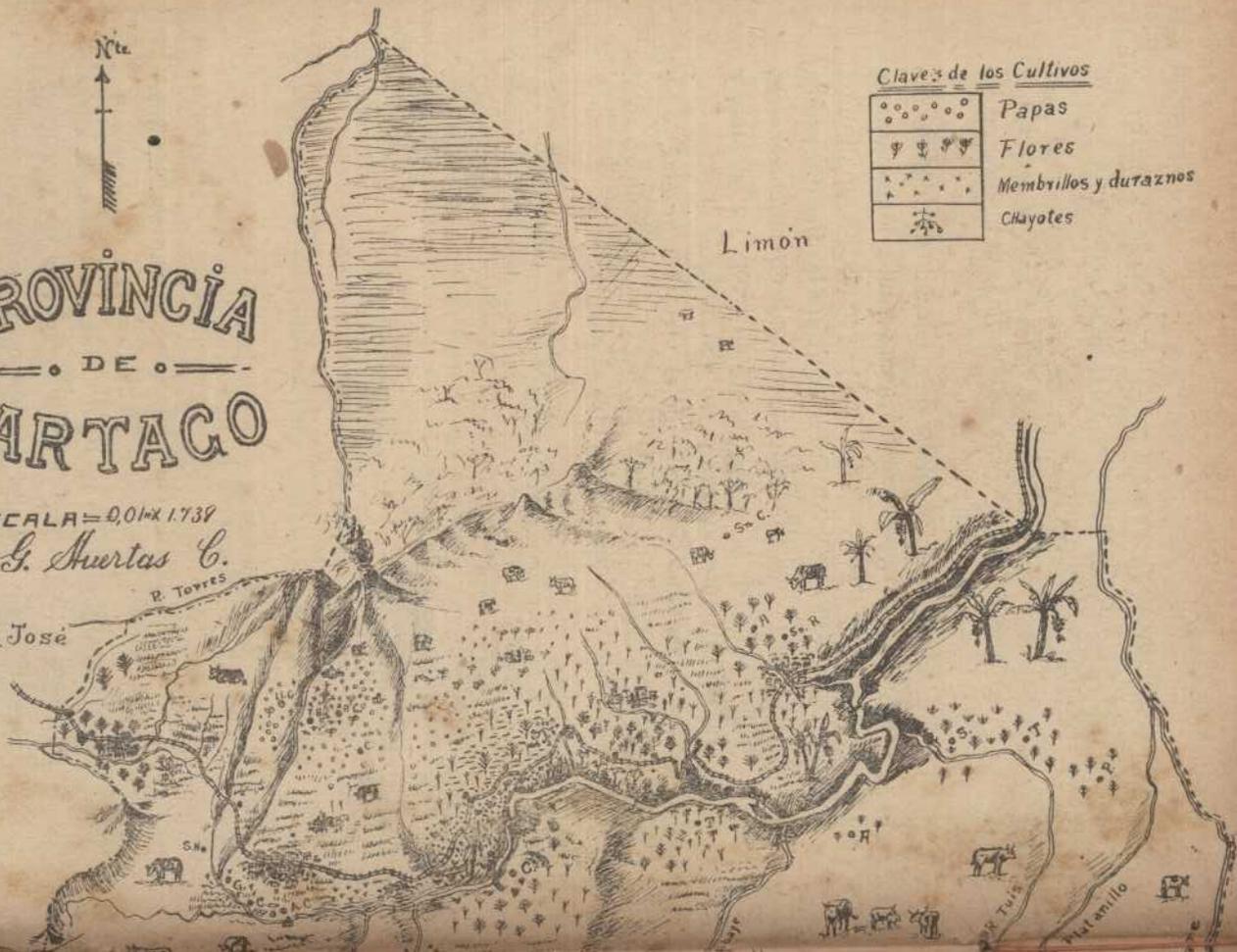
P. Torres

San José

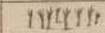
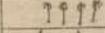
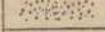
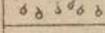
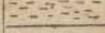
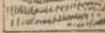
Limon

Claves de los Cultivos

	Papas
	Flores
	Membrillos y duraznos
	Chayotes



Clave de Cultivos

	Límite
	Café
	Ganadería
	Caña de Azúcar
	Pejibaye
	Bananos y Plátanos
	Cabuya
	Tabaco
	Frijoles
	Naranjas
	Yuca
	Cereales



SUGESTIONES: Situen los caseríos. Comparen los relieves.
 Relación de los relieves y los productos.
 Principales industrias de la provincia.
 Productos de la provincia que se exportan. ¿A qué países? etc.



PINOCHO ENFERMO

PERSONAJES

PINOCHO.—Imitar la cabeza, brazos y piernas como si fuesen de madera. El vestido puede ser verde, imitando cartas de naipes inglés, con tréboles. Cuello blanco, zapatillas verdes muy largas y un gorro que parezca hecho con miga de pan.

EL HADA.—Túnica blanca. Un velo azul que le cubra el cabello y sobre ese, otro blanco con estrellas doradas.

SULTÁN.—Perro vestido con traje de hombre de modo que se vea la cola. Llevará sombrero.

TRES MÉDICOS.—Un cuervo, vestido con papel negro; picó con cartón.—Un mochuelo, vestido de papel color café.—Un grillo, color negro o café muy oscuro, con unas grandes antenas en la cabeza. Se pueden hacer de alambre muy delgado.

CUATRO CONEJOS.—Ojalá del mismo tamaño, vestidos de negro. El ataúd podrá ser un cajón de madera o una caja forrada en negro. Los conejos podrán llevar candelas encendidas.

La escena pasa en un dormitorio. Una cama, unas sillas, una mesita con betellas y una lámpara.

Aparece Pinocho acostado en la cama y el hada sentada a su lado.

EL HADA.—*Tomándole una mano.* Cuéntame, ¿cómo caíste en manos de los ladrones?

Pinocho hace esfuerzos por sentarse. El hada le pone más almohadas y lo acomoda.

PINOCHO.—Pues fué que Tragalumbre me dió cinco

monedas de oro y me dijo: «llévalas a tu papá»; y en el camino encontré una zorra y un gato, dos personas muy buenas que me dijeron: ¿Quieres que esas monedas se conviertan en mil o dos mil?

Mientras que Pinocho cuenta, el hada lo abriga con las sábanas.

SULTÁN.—*Entra con paso ligero* ¿Qué queréis de mí, señora hada? *Se quita el sombrero al hablar.*

EL HADA.—¡Gracias, gracias! Eres demasiado listo. ¿Conoces los médicos más famosos de este pueblo?

SULTÁN.—¡Sí, sí! ¡Claro!

EL HADA.—Pues bien, vete enseguida y lo más pronto posible hazlos venir aquí.

SULTÁN.—Al instante, señora hada. (*Sale con el sombrero en la mano*).

EL HADA.—*Volviéndose a Pinocho.* Bueno, sigue, ¿qué te dijeron las personas muy buenas?

PINOCHO.—Me dijeron: ¿quieres que esas monedas se conviertan en mil o dos mil? Pues veinte con nosotros y te llevaremos al Campo de los Milagros. Y yo les dije: vamos; y ellos dijeron: nos detendremos un rato en la posada del Cangrejo Rojo y cuando sea media noche seguiremos nuestro camino. Y cuando me desperté ya no estaban allí porque se habían marchado.

EL HADA.—¿Qué hiciste entonces?

PINOCHO.—Entonces yo me marché también y hacía una noche tan oscura, que apenas se podía andar. Y me encontré con dos ladrones metidos en dos sacos de carbón, que me dijeron: «Danos el dinero». Y yo les dije: «No tengo dinero», porque me había escondido las monedas de oro en la boca. Uno de los ladrones quiso meterme la mano en la boca y yo se la corté de un mordisco. *Pinocho empieza a excitarse mucho.*

EL HADA.—¡Cálmate, cálmate, hijo mío!

PINOCHO.—¡Hada mía! Es que todavía me acuerdo de esa noche tan terrible, tan oscura...

EL HADA.—Sigue, sigue.

PINOCHO.—Si, se la corté de un mordisco, pero al escupirla me encontré con que en vez de una mano era la zarpa de un gato. Y los ladrones echaron a correr detrás de mí y yo corre que te corre... *Pinocho con la voz temblorosa y casi llorando.* Hasta que me alcanzaron. *Cada vez más excitado.* Y entonces me colgaron... me colgaron por el cuello.

EL HADA.—¡Por el cuello!

PINOCHO.—Si, si, por el cuello, en un árbol del bosque, diciendo: «mañana volveremos por ti y estarás bien muerto». *Al decir esto se deja caer en la almohada y no puede seguir.*

EL HADA.—¿Qué te pasa hijo, qué te pasa? *El hada toca y mueve a Pinocho que no vuelve en sí.* ¡Dios mío, Dios mío! Le ha vuelto el desmayo! ¿Qué hacer? Y los médicos no vienen... *Se vuelve hacia Pinocho y le rocía agua en la cara.* ¡Pinochol! ¡Pinochitol! ¡Despierta!

Entran los tres médicos y Sultán, con paso grave y mesurado.

EL HADA.—¡Corred, corred! ¡Se muere, se muere!

EL GRILLO.—¡Calma, calma! ¡Hermosa hada!...

SULTÁN.—*Acerca unas sillas.* Tomen asiento, señores médicos. *Se queda un momento y luego sale.*

EL HADA.—*A los médicos.* Quisiera saber, señores, si este desgraciado muñeco está vivo o está muerto.

EL CUERVO.—Cro, cro, cro. *Se levanta, toma el pulso y le toca la frente a Pinocho.* Yo opino que el muñeco está completamente muerto; pero si por fortuna no estuviese muerto, entonces será seña indudable de que está vivo. *El cuervo se queda de pie junto a la cama.*

Se adeanta el mochuelo,

MOCHUELO.—Siento mucho no ser de la misma opinión de mi ilustre amigo y colega, el Cuervo. Yo opino que el muñeco está vivo, y bien vivo, pero si por desgracia no lo estuviere, entonces será seña indudable de que está muerto.

EL HADA.—*Al grillo.* ¿Y Ud. qué dice?

GRILLO.—*Se pone de pie. Cri, cri, cri, yo creo que el médico prudente cuando no sabe qué decir, lo mejor que puede hacer es permanecer callado. Por lo demás, este muñeco no me es desconocido: hace ya tiempo que lo conozco. Pinocho, mientras tanto mueve las piernas y luego se estremece fuertemente. El hada lo abriga.*

Este muñeco es un granuja incorregible, un holgazán, un vagabundo. *Pinocho levanta la cabeza. Un hijo desobediente que hará morir de pena a sus padres. Pinocho se mete entre las sábanas, se tapa la cara y se pone a llorar.*

EL CUERVO.—*Se acerca a Pinocho y dice al hada. El hada se levanta. Cuando el muerto llora es señal de que está en vías de curación. Va a salir con el mochuelo.*

EL MOCHUELO.—*Volviéndose al hada. Siento mucho contradecir a mi ilustre amigo y colega. Yo creo que cuando el muerto llora es que no le hace gracia morir. Los médicos salen uno tras otro.*

EL HADA.—*Toca a Pinocho la frente y el pulso. ¡Qué fuerte calentura tienes! Es fiebre. Tienes la frente muy irritada. Pinocho se estira, abre los ojos.*

EL HADA.—*Vas a tomarte ahora una medicina.*

PINOCHO.—*Se mueve, estira los pies y se queja. ¡Ay!*

EL HADA.—*Toma un vaso con agua y una cuchara y deshace unos polvos blancos en el vaso. Bebe ésto y dentro de poco estarás mejor.*

PINOCHO.—*Vuelve a ver el vaso muy desconsolado. ¿Es dulce o amargo?*

EL HADA.—*Es amargo, pero te sentará bien.*

PINOCHO.—*¿Amargo? No lo quiero.*

EL HADA.—*¡Anda, bébelo, hazme caso a mí!*

PINOCHO.—*Es que no me gustan las cosas amargas.*

EL HADA.—*Bébelo, y te daré después un terrón de azúcar para quitarte el mal gusto.*

PINOCHO.—*¿Dónde está el terrón de azúcar?*

EL HADA.—*Sacando el terrón de una azucarera. Aquí lo tienes.*

PINOCHO.—*Primero quiero que me des el terrón de azúcar y después beberé el agua amarga.*

EL HADA.—*¿Me lo prometes?*

PINOCHO.—*Sí, si te lo prometo. El hada le da el terrón de azúcar. ¡Sabrosísimo! ¡Qué lástima que el azúcar no sea medicina! ¡Yo me purgaría entonces todos los días!*

EL HADA.—*Ahora vas a cumplir la promesa que me*

has hecho y a beberte este poco de agua que ha de ponerte bueno.

PINOCHO.—*Toma con repugnancia el vaso y hace que lo prueba, se estremece y escupe. ¡Es muy amarga, muy amarga! ¡No puedo beberla!*

EL HADA.—¿Cómo puedes saberlo, si no la has probado?

PINOCHO.—Me lo figuro, lo conozco en el olor. Quiero otro terrón de azúcar y después la beberé.

EL HADA.—*Con paciencia, toma otro terrón de azúcar, Pinocho se lo come y el hada le presenta de nuevo el vaso. Toma, toma y debes tomarla luego.*

PINOCHO.—Así puedo beberla. *Hace mil gestos de disgusto.*

EL HADA.—¿Por qué?

PINOCHO.—*Señalando a los pies de la cama. Porque me fastidia esa almohada que tengo a los pies.*

EL HADA.—*Retira la almohada. Bueno, ya la retiré.*

PINOCHO.—¡Es inútil! ¡Tampoco puedo beberla!

EL HADA.—*Con el vaso en la mano. ¿Qué es lo que ahora te molesta?*

PINOCHO.—*Señalando la puerta. Me molesta esa puerta que está medio abierta. El hada cierra la puerta.*

EL HADA.—¡Bueno, ahora sí! Te la vas a tomar.

PINOCHO.—¡Es que no quiero! *Llora y patalea. No. No quiero beber esa agua amarga; no quiero, no, no.*

EL HADA.—¡Hijo mío! Tómala, mira que luego te arrepentirás!

PINOCHO.—Mejor.

EL HADA.—Tu enfermedad es grave.

PINOCHO.—¡Mejor!

EL HADA.—Esa fiebre puede llevarte al otro mundo.

PINOCHO.—¡Mejor! *Cada vez que contesta baja la cabeza haciendo gestos de no aceptar lo que el hada le dice.*

EL HADA.—¿No tienes miedo a la muerte!

PINOCHO.—¡Ninguno! ¡Antes me muero que beber esa medicina tan amarga!

EL HADA.—Mira que puedes ponerte peor.

PINOCHO.—¡Mejor, mejor y mejor!

Se oyen unos toques fúnebres de tambor, unos tararán tan tan, muy tristes. Aparecen cuatro conejos con un ataúd caminan con lentitud. El hada se asoma con temor y Pinocho quiere tirarse de la cama asustado.

Cantan lúgubrementemente.

"Pinocho se va a morir"

Juguete cómico — Música de Rodolfo Quesada

Heredia Nov. 24 - 1922

Pinocho se está muriendo
Pinocho se va a morir.
Tan tararán tan tan,
redoble de tambor.

Si no se quiere purgar
lo tendremos que enterrar
tan tararan tan tan.
¡Qué dolor! ¡Qué pesar!
lo tendremos que enterrar
tan tararán tan tan.
redoble de tambor.

¡Qué dolor! ¡y qué pesar!
tan tararán tan tan.

El hada muy triste está
pues sola se quedará.
tan tararán tan tan
¿Quién la podrá consolar
si no hace más que llorar?
tan tararán tan tan.
redoble de tambor.

Pinocho se va a morir
lo tendremos que enterrar
tan tararán tan tan.
redoble de tambor

redoble de tambor

EL HADA.—*asustada y desconsolada vuelve a ver los conejos.*

PINOCHO.—*Se dispone a saltar de la cama ¿Qué queréis?*

EL CONEJO MÁS GRANDE.—Venimos por tí.

PINOCHO.—¿Por mí? ¡Pero si no me he muerto todavía!

OTRO CONEJO.—Todavía no, pero te quedan pocos momentos de vida por no haber querido tomar la medicina que te hubiera curado la fiebre.

PINOCHO.—¡Oh, hada mía! ¡Dame! ¡Dame enseguida el vaso! ¡Anda pronto, pronto, por favor, que yo no quiero morir, no quiero morir!

EL HADA.—Ajá, ¿ahora no pides terrón de azúcar? *Le acerca el vaso y Pinocho lo toma con ambas manos.*

PINOCHO.—Yo me lo tomo, sí, sí. *Se lo toma de un sorbo.*

UN CONEJO.—¡Paciencia! ¡Paciencia!

OTRO CONEJO.—Por esta vez hemos perdido el viaje. *Salen los cuatro conejos cantando y redoblando los tambores.*

PINOCHO.—*Se empieza a quitar las sábanas.* Yo me levanto, yo me levanto,

EL HADA.—*Acariciándole la cabeza.* ¿De modo que mi medicina te ha sentado muy bien?

PINOCHO.—*Muy contento y convencido.* ¡Ya lo creo! ¡Me ha resucitado!

EL HADA.—Entonces ¿por qué te has resistido tanto a tomarla?

PINOCHO.—¿Que por qué? Porque los niños somos así. Tenemos más miedo de las medicinas que de las enfermedades. ¡Es que son tan amargas las medicinas!

EL HADA.—¡Pues muy mal hecho! Los niños debierais recordar que una medicina a tiempo puede evitar una grave enfermedad y aun la misma muerte.

PINOCHO.—*Feliz y brincando.* ¡Ah! Otra vez no me resistiré tanto! Me acordaré de esos conejos negros con el atánd al hombro y cogeré enseguida el vaso, y ¡adentro!

Se oye a lo lejos el redoble del tambor.

TELON

Arreglado por LUISA GONZALEZ.

Se puede representar en el aula, o en la casa, después que los alumnos que toman parte en el juguete, hayan leído PINOCHO. En este caso no se necesitan trajes especiales; cada uno se arreglará como pueda: un banco cualquiera será la cama, etc.

Tío Conejo y Compañía

Había una vez una viejita llamada ña Carola que tenía una haciendita en San Vicente.

Un día llegó Lico, el mandador, con una carretada de aguacates, zapallitos tiernos y unos quesos. Como la pobre andaba por allá adentro encharrada con el almuerzo, le gritó a Lico desde la co-



cina, que le acomodara lo que le traía en un barril que estaba en el patio.

Pero por allí cerca, escondidos en un matorral estaban tío Conejo y su hermanillo, tío Carraco y un primillo, y tío Ratón Grande y tío Ratón Chiquillo. Y fué porque tío Conejo había oído en el camino a Lico decir a un conocido, que venía para donde ña Carola a dejarle todo aquello. Entonces el muy poca pena había cogido cafetal adentro y convidó para un banquete a cuanto compadre se le puso al frente. Cuando llegaron al solar de ña Carola se escondieron a atisbar a que se descuidaran, y apenas Lico se fué, tío Conejo subió al barril y les tiró quesos y zapallitos y él se dió cuatro gustos con un repollo que se encontró.

Cuando estaban en lo mejor, se fué el peso muy de un lado y el barril se volcó haciendo gran estruendo.

Ña Carola salió sudando a mares y al ver aquella compañía de zánganos, les gritó furiosa.—Aguárdense aí grandes tales por cuales, yo les contaré. Si no tienen madre que les enseñe el temor de Dios, yo se los voy a enseñar.

Y se puso a buscar un palo. Pero cuando volvió... ¡si otros ponés! Ya ni el humo de ellos quedaba.

CHARADA

Para las lectoras de SAN SELERÍN.

Está mi *primera*, niña,
En tu boca cuando cantas;
Haces *primera* y *tercera*
Cuando atiendes a tus plantas.

Segunda y *tercia* te sirve
En *todo*, si con soltura
Trabajas en tu costura.

La solución en el próximo número.